

Comunidad de Ménilmontant, en los excesos del *Mapah* y en una condena en la *cour d'assises* (1833).

En el fondo, eran gente honrada que quería libertar á la mujer, santificar el trabajo y mejorar la suerte de los desdichados, lo cual no pueden lograr ni la utopía, ni la excentricidad. Ya se lo demostraron claramente.

François-Marie-Charles Fourier (1772-1837), inventor del furierismo, convertido luego en socialismo, modesto empleado, soñó con fundar la dicha por medio del trabajo atrayente y colectivo de las *falanges* sobre la base trinitaria del capital, del trabajo y del talento. Expresó sus ideas en el *Tratado de la asociación doméstica agrícola* (1822) y las aplicó en el falansterio de Condé-sur-Vesgre que duró muy poco. Fué el Ariosto de los utopistas.

Seis volúmenes de un *Curso de filosofía positiva* (1830-1842), una *Circular* proponiendo una Asociación libre para la instrucción del pueblo en todo el Occidente europeo (1848), el *Calendario positivista*, el *Tratado de Sociología* que instituía la religión de la humanidad, el *Catecismo positivista*, el *Llamamiento á los Conservadores* (1835), la *Síntesis subjetiva*, etc., colocan á Augusto Comte (1798-1857) entre los escritores. Discípulo de Saint-Simon, loco curado más tarde, según pretenden, matemático, astrónomo, filósofo, pensionado por Inglaterra (Stuart Mill, etc.), pasó de la filosofía á la sociología y luego al misticismo (la virgen madre, el culto de la tierra, etc.); gran sacerdote de la Humanidad, acabó por dar pesadumbre á los positivistas sus discípulos. Littré le ha ensalzado.

El Sr. Comte se vió iluminado por los rayos del genio. El que, al salir de la confusión del siglo XVIII, echó de ver en los principios del siglo XIX el punto ficticio ó subjetivo inherente á toda teología ó á toda metafísica; el que formó el proyecto y vió la posibilidad de eliminar este punto, cuyo desacuerdo con las especulaciones reales es la gran dificultad de la época presente; el que reconoció que, para llegar á esta eliminación, era preciso ante todo hallar la ley dinámica de la historia y la encontró; el que hecho, en virtud de su inmenso descubrimiento, dueño de todos los dominios del saber humano, pensó que el seguro y fecundo método de las ciencias particulares podría generalizarse y lo generalizó; por último el que, comprendiendo, al mismo tiempo, el indisoluble enlace con el orden social de una filosofía que lo abrazaba todo, fué el primero en entrever las bases del gobierno racional de la humanidad; éste, repito, merece un puesto, y un puesto magnífico, al lado de los ilustres cooperadores de esta vasta evolución que arrastró consigo el pasado y arrastrará el porvenir.

Este puesto magnífico, debía reducirlo á muy limitadas proporciones el porvenir¹.

1. Entre los más fervientes discípulos de Augusto Comte figuró el extremeño D. José Segundo Flórez que escribió una *Historia de Espartero* y murió en París en edad muy avanzada. (N. del T.)

Littré fué el mejor discípulo de Augusto Comte. Conoció todas las ciencias y las subordinó á la ciencia del orden social. Su sinceridad fué austera; negó la metafísica y la religión de buena fe y dejó sobre todo un excelente diccionario después de sesenta años de trabajo encarnizado.

« La propiedad es el robo », he aquí una de esas fórmulas que eternizan, sino el pensamiento, por lo menos el nombre de su autor. Es todo lo que se ha conservado de Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) que poseyó buen estilo y lectura y que parece haber estudiado frecuentemente á Hegel cuyo método de tesis, antítesis y síntesis adopta. Este soñador imaginó una humanidad que debía realizar el ideal y presentar su perfección, subordinación del individuo á la asociación, de la posesión y de la libertad individual á la posesión y libertad de los asociados, sustitución del individuo colectivo al individuo aislado; supresión — por otra parte laudable — de los políticos. ¡ Cuántos sueños !

Laffitte fué el último campeón del positivismo teórico, que penetró á fondo todos los métodos de investigación y la mayor parte de los experimentos fisiológicos.

Michellet, según hemos visto, pensó en la felicidad del pueblo é hizo, con su poética elocuencia y toda la emoción de su bondad, historia social.

Le Play empleó en sus investigaciones sociales un método riguroso y formal. La sociología no ha desalentado á sus adeptos, que se multiplican: Espinas, Tarde, Durkheim, Fournière, Frédéric Passy, después de Bastiat, ha expuesto claramente las leyes de la economía política.

IV. — El siglo XIX fué el siglo del pensamiento y cuenta numerosos é ilustres filósofos.

Destutt de Tracy (1754-1836) fué el último de los ideólogos. Redujo toda la psicología á la sensación y desarrolló una interesante teoría del lenguaje. Laromiguière (1756-1837) vulgarizó é idealizó la teoría sensualista de Condillac. Maine de Biran (1766-1824) sobresalió en el análisis de la vida interior, que escrudiñó con sinceridad y éxito. Ballanche (1776-1847), en verso y en prosa, expresó sus ideas inciertas y curiosas y compuso un elocuente poema, *Orfeo*. Joubert (1754-1824), el amigo íntimo de Fontanes, y por Fontanes, de Chateaubriand, jamás escribió una obra completa. Cuando le pedían que publicase alguna cosa, respondía: « Todavía no; necesito una paz dilatada. » Más tarde, al envejecer, decía, « el cielo, no había dado á mi espíritu fuerza sino durante algún tiempo y éste pasó. » Joubert, según parece, no debía dejar tras sí sino el recuerdo de un excelente amigo y de un amable conversador.

Pero en 1838 apareció, gracias al cuidado de Chateaubriand, un volumen de sus pensamientos. Este libro nos permite agregar su nombre á la serie de pensadores y de escritores delicados que empieza en La Rochefoucauld y continúa con Vauvenargues. «El cielo, decía, no ha puesto en mi inteligencia, sino rayos, no me ha dado como elocuencia sino hermosas palabras.» Estas palabras y estos rayos son los que Chateaubriand recogió. Los *Pensamientos* nos muestran en Joubert un alma generosa y recta y un gusto literario delicado y seguro de sí mismo. Posee el sentimiento profundo del amor á la poesía; muchos de estos pensamientos se refieren á los poetas ó están inspirados por ellos. «Los hermosos versos son los que se exhalan como sonidos ó perfumes. Naturalmente, el alma se canta á sí misma todo lo que es hermoso.» «La lira es en cierto modo un instrumento alado.» En sus juicios literarios, hay que reprochar tal vez á Joubert una inclinación demasiado viva hacia la gracia y la delicadeza del estilo. El mismo defecto se encuentra en la expresión de su pensamiento y en algunas comparaciones refinadas: «Soy semejante á una mariposa... me parece á un álamo, ese árbol que parece siempre joven, hasta cuando es viejo.» Pero el pensamiento tenía delicadeza y vigor; ya nadie piensa en su libro.

Victor Cousin (1792-1867) inventó el eclecticismo, defendió la moral y el espiritualismo en hermosas y armoniosas páginas. Era profesor en la Sorbona á los veintitrés años; su talento le llevó al Ministerio y á la Pairía. Poseyó el arte de vestir de luz las ideas abstractas, de exponer en admirable desarrollo los sistemas filosóficos, de elevar el alma á las regiones de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno en medio de la pureza y del esplendor de la forma. Sus diversos *Cursos* publicados han perdido su frescura. Después de 1832 recreó su retiro con lindos estudios literarios sobre Pascal y los suyos, las Sras. de Longueville, de Sablé, de Chevreuse y de Hautefort: es una agradable galería.

Jouffroy (1796-1842) vino de la aldea de Pontets, en las alturas del Jura donde sus padres eran labradores. Fué admitido en la Escuela normal donde tuvo como condiscípulos á Beautain y Damiron, futuro filósofo como él. Siguió con entusiasmo los cursos de Cousin. Espíritu inquieto y atormentado, acogió la Restauración como una era prometida; después desconfió de ella. Su alma fué teatro de un drama moral cuyas patéticas peripecias ha referido. En 1822 daba en su cuartito de la calle du Four-Saint-Honoré conferencias cuyo eco no tardó en salir fuera. Poseía un encanto penetrante, un rostro grave y melancólico y un ademán de lentitud reflexiva. En 1830, suplió á Royer-Collard en la Sorbona y profesó su famoso curso de *Derecho natural*. Llevó al Colegio de Francia y á la Cámara su sinceridad triste, su nostalgia de la verdad. Al revés de Royer-Collard que disputaba palmo á palmo el terreno al escepticismo, fué á parar á la incertidumbre y á la duda

en que había vivido. Deseó en vano asegurar á la filosofía el rigor de una ciencia positiva. Se sintió más firme en el terreno de la psicología. Tendió á acercarse á la fuente de toda paz y de toda verdad desde donde «las agitaciones de la superficie no parecen más que un vano rumor y una espuma sin consistencia». He aquí una muestra de su estilo amplio y metódico:

En el seno de las ciudades el hombre parece ser el gran asunto de la creación; allí es donde resplandece toda su aparente superioridad; allí es donde parece dominar la escena del mundo, ó por mejor decir, ocuparla por sí solo. Pero cuando este ser tan fuerte, tan altivo, tan lleno de sí mismo, tan exclusivamente preocupado por sus intereses en el recinto de las ciudades y entre la multitud de sus semejantes, se encuentra por casualidad lanzado en medio de una naturaleza inmensa, solo, en medio de su cielo sin fin, de ese horizonte más allá del cual hay otros horizontes aún, en medio de esas grandes producciones de la naturaleza que le abruman, si no por su inteligencia, á lo menos por su masa; cuando, viendo á sus pies, desde lo alto de una montaña y bajo la luz de los astros las aldeas perderse entre pequeños bosques, que á su vez se pierden en la extensión de la perspectiva, piensa que esas aldeas están pobladas de seres ínfimos como él; cuando compara estos seres y sus miserables habitaciones con la naturaleza que los rodea y esta misma naturaleza con nuestro mundo que no es más que un punto en el espacio, y este mundo, á su vez, con otros mil que flotan en los aires, y comparado con los cuales no es nada: á la vista de este espectáculo, el hombre siente lástima de sus miserables pasiones siempre contrariadas, de sus miserables felicidades que invariablemente van á parar en hastío, y entonces se plantea el problema de su destino.

Su frase es hermosa, bien ordenada y numerosa, y la majestad de la forma sirve en ella de noble manto á la riqueza de la idea.

Pierre Leroux (1798-1871), sucesivamente albañil, impresor, filósofo, director del *Globo*, benjamín de la familia saint-simoniana, y amigo de Jean Reynaud, acumuló en su *Enciclopedia* la riqueza de sus nociones, trató con rudeza á Cousin y el eclecticismo, y escribió un libro interesante, *De l'Humanité, de son principe et de son avenir*. Nada resta de tanta agitación, ni siquiera su traducción de *Werther*, con un prefacio de Jorge Sand. Vacherot (1809-1897) es un gran nombre en la psicología, la metafísica y al estudio de la democracia. Jules Simon (1814-1896) ha dejado una obra rica y variada en que Platón y Aristóteles, la Escuela de Alejandría y Víctor Cousin sirven de marco á libros de moral social, *el Deber, la Obrera, la Escuela, el Obrero de ocho años, la Pena de muerte y la Familia*, obras de política, de estudios, de retratos y de memorias. Fué el hombre de estos diversos géneros, profesor, filósofo, moralista, político, crítico literario é historiador. Desde la Escuela normal, logró encantar por su palabra.

Cada una de sus conferencias era un regalo, escribe el Sr. Mezières. Ha-

blaba sin preparación aparente, sin ninguna nota, teniendo siempre la atención despierta con su fina sonrisa y con las variadas inflexiones de una voz llena de matices... En él, el orador ocupaba ya lugar predominante. Todas las cualidades que después se admiraron en la tribuna de las Asambleas, las poseía ya en el más alto grado: abundancia, flexibilidad, variedad de argumentos y de tono, arte maravilloso de contenerse en un principio, de proceder por grados, de pasar poco á poco de la oratoria sencilla y sin relieve á los movimientos y á la autoridad de la gran elocuencia.

Ha referido sus principios en la vida política, su triunfo oratorio en Lannion, donde habló desde una ventana á los electores reunidos en el cementerio. Se le había recomendado que gritase fuerte.

Había varios miles de aldeanos, y no había uno solo que no estuviese seriamente resuelto á besarme. Pasé de mano en mano, en medio de los gritos más aturdidores, y me hallé en la calle, antes de que mis pies tocasen al suelo. Empezaba á tener miedo de mi gloria y á preguntarme si saldría vivo de tantos abrazos. Mis amigos, que tenían la misma preocupación, hicieron que trajesen nuestros caballos en medio de la multitud. Nos encaramaron en nuestras sillas y Savidan, que ha sido después durante treinta años juez de paz de Lannion, empezó á *tocar* nuestras cabalgaduras, es decir, á darles fuertes golpes de horca y á lanzarlas á galope por en medio de aquella multitud. «Vamos á aplastarlos», gritaba yo. Adelante, respondían los otros redoblando los golpes. Mi auditorio aprobaba esta maniobra, pero no consentía en soltarme así, y cogiendo los zuecos en las manos, nos seguía á la carrera gritando estruendosamente: «¡Jules Simon! ¡Jules Simon!» Era una carrera de demonios. Jamás he visto después ni semejante espectáculo ni semejante entusiasmo.

Causóle gran admiración el saber que ni uno de aquellos campesinos comprendían el francés. Víctor Cousin envió inmediatamente á Barthélemy Saint-Hilaire que hizo votar por Cormenin. Julio Simón consiguió su desquite durante su larga é importante carrera política que le llevó al Ministerio, al Senado y á la Academia y en la que defendió noblemente las ideas de Dios y de Patria.

Hizo fracasar en el Senado el famoso artículo 7 de las leyes Ferry; pidió la introducción en los programas de la enseñanza de los deberes para con Dios y la Patria (1881); tomó la defensa de las asociaciones religiosas (1883) y pronunció un elocuente discurso contra el restablecimiento del divorcio (1884).

Su moral estaba compuesta de buen sentido y de bondad. Hizo residir el deber en la Justicia y en la Caridad. Es el hombre que ha creado ó provocado mayor número de obras filantrópicas para los niños, las mujeres y los obreros, de mutualidad, de previsión, de ahorro y de ciudades obreras. Se le ha llamado socialista, pero fué sobre todo amigo de los desgraciados. Es agradable de leer. Pero había que oírle. Hablaba al principio con voz moribunda y débil; después se iba animando y

enardeciendo y hallaba magníficas formas para sus pensamientos filosóficos. Sobresalió especialmente como moralista en el estudio de las soluciones prácticas de los grandes problemas sociales. He aquí su estilo. Habla en la *Escuela* de la educación de las niñas:

No se deja de experimentar cierto embarazo para establecer que las niñas tienen tantos derechos y tanta capacidad como los niños. ¿De dónde procede este embarazo? No seguramente de la falta de pruebas, sino de su multiplicidad y de su escasa novedad. Vemos siempre en la historia que las mujeres son tratadas como inferiores por las sociedades semibárbaras; poco á poco van recobrando su puesto y llegan á la igualdad cuando la civilización es completa. Esta igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, perfectamente admitida y reconocida, hasta es el signo de una civilización consumada. Pero sucede con esta igualdad como con la igualdad civil y política, las cuales se concilian muy bien con muchas desigualdades. Entre los pueblos más cultos y hasta entre los más refinados las mujeres obedecen á sus maridos cuyas iguales son. En dos ó tres países, pueden heredar la corona; excepto la función de reinar, que sin embargo tiene importancia, no se les confía en ninguna parte ninguna función política. Es de notar que desempeñaban varios sacerdocios entre los pueblos de la antigüedad que las trataban como seres inferiores y que seguramente no podrían recuperar después del advenimiento del cristianismo que las ha emancipado. En la sociedad mejor organizada, no todo está sin duda perfectamente en orden, pero sobre todo hay que recordar que la igualdad no es la identidad cuando se trata de las mujeres y de sus derechos. La igualdad en materia de educación no consiste en darles la misma educación, sino en dársela en igual cantidad. Jamás se pedirá que se enseñe el álgebra á las mujeres. ¿Por qué? Porque la comprenderían mal y no tienen necesidad de ella. Dejemos á un lado el álgebra y la geometría, pero no renunciáramos tan fácilmente á la literatura, ni aún á la más elevada, á las bellas artes y á los estudios filosóficos. ¿Acaso es que las mujeres, cuando son instruidas, no experimentan tan vivamente como nosotros los placeres del arte y los literarios? ¿No tienen el gusto tan delicado y la memoria tan segura? ¿No han producido, aún en nuestros días, grandes escritores y artistas de primer orden? Se acusa de frivolidad al espíritu de las mujeres; la educación que se les da es la que es frívola, pero no su espíritu; es una mezcla feliz de buen sentido y de entusiasmo; y como toda mujer es una artista, la manera tiene siempre gracia, con tal que no falte el fondo. La Sra. de Sévigné recibió en su infancia lecciones de arte doméstico; ella misma enseñó latín é italiano á la Sra. de Grignan. ¿Es por eso menos mujer y la más encantadora de las mujeres en cada página, en cada línea, y casi en cada palabra de sus inmortales cartas?

Logra la persuasión por el encanto. Hubo algo de Massillon en este predicador laico.

El Sr. Julio Simón es inimitable, es el arte perfecto. Cuando los gracos hablaban al pueblo, se hacían acompañar, según dicen, por un flautista. Cuando el Sr. Julio Simón habla, le acompaña una flauta deliciosa; pero es invisible y canta en sus labios. El Sr. Julio Simón es filósofo, tanto ó más

que el Sr. Challemel-Lacour, pero sabe olvidarlo con oportunidad. Lo sabe todo. Alternativamente insinuante, irónico, tierno, vehemente, posee todas las dotes del orador. Cuando sube á la tribuna, parece abrumado. Apoyándose con ambas manos en la tablilla de caoba, pasea por la asamblea unos ojos moribundos que muy pronto se cargarán de relámpagos; parece que arrastra el sonido de su voz apagada que poco á poco se anima, se hincha, después se moja en lágrimas ó ruga como un trueno melodioso. Es dueño de sí mismo y de su auditorio. Conmovido, pero vigilante, aprovecha las interrupciones, las arrastra en el movimiento armonioso de su pensamiento como arrastra un río las ramas que le arrojan. Todo lo utiliza; es el grande artista cuyo genio plástico transforma fácilmente todas las materias que encuentra á mano y sólo tiene que temer su misma perfección. (*Anatole France.*)

Su amigo Henri Meilhac ha escrito acerca de él conmovedoras páginas, como la siguiente, una de las últimas :

¿A quien no hizo bien? Entre todos los que entraron en su casa, desde Renan que, vestido aún con la sotana, iba á someterle las vacilaciones de su conciencia, hasta mi ínfima persona que iba á solicitar su voto, ¡cuántos han salido de su gabinete consolados, puestos de nuevo en camino, confortados por una buena palabra, y cuántos antes y cuántos después! Todas las personas á quienes he encontrado en su escalera y que hoy la suben por última vez, quisiera yo paralarlas, interrogarlas, hablar con ellas y, puesto que en las horas supremas es costumbre de regalar flores, yo desearía componer un ramo con todos sus sentimientos de pesar, con todos sus recuerdos por los favores recibidos, por toda su admiración por el orador que ya no existe, con su desconsuelo y sus lágrimas, y lo ofrecería á la memoria del muerto y al dolor de esta familia que queda inconsolable con tan justo título.

Al volver yo á casa detrás de él, un día de la semana pasada, el cochero que acababa de conducirme me dijo en voz baja: «Está muy mal, muy mal, el pobre Señor Simón, y es una gran lástima. ¡Á éste le llorarán de veras!» Y era verdad, le llorarán y le lloran ya de veras.

Téodulo Ribot (1839) se ha consagrado á la psicología alemana contemporánea que ha expuesto con claridad y penetración. Sus estudios sobre las enfermedades de la memoria, de la voluntad, de la personalidad y de la atención son magistrales y clásicos. Aquí debemos nombrar de nuevo á Taine, de quien ya hemos hablado largamente, para que no haya necesidad de insistir. El abate de Broglie (*el Positivismo y la Ciencia experimental*), profesor en el Instituto católico, mezcló con la filosofía la ciencia, la historia y la moral. El P. Gratry esperó lograr el acuerdo del dogma con la ciencia y la paz universal y expresó sus amplias ideas con poesía á veces grandiosa. El suizo Secretan desarrolló su hermosa teoría de la libertad divina y humana. Lévêque ha

planteado las leyes de la estética. Ravaisson, poco conocido del vulgo, ha puesto lo más puro de su pensamiento en su admirable informe sobre la *Filosofía en Francia en el siglo diez y nueve* y lo más brillante de su gusto artístico en sus estudios sobre la *Venus de Milo*. Caro fué hombre de espíritu curioso y amable que se complació en los estudios filosóficos y literarios, en cuyo centro puso como sostén la idea de Dios. Alfred Fouillée, con vasta comprensión de todos los sistemas, ha definido las « ideas fuerzas » que hacen del ideal el fundamento de lo real. Guyau, en la *Moral sin obligación ni sanción* y en la *Irreligión del porvenir*, dió los primeros excelentes ensayos de un genio arrebatado demasiado pronto á la filosofía. Lachelier y Renouvier han dado á conocer, difundido é interpretado magistralmente la filosofía de Kant que han propagado y ensanchado Burdeau, Boutroux — uno de nuestros más notables filósofos, — Bergson y Delbos.

La filosofía contemporánea puede citar los nombres de Ollé-Laprune, Paul Janet y Boirac. Brochard estudió la filosofía antigua. Lévy-Bruhl conoce la filosofía de los alemanes, G. Lyon la de los ingleses y Séailles los sistemas nacidos en Francia.

V. — Al lado de los metafísicos, algunos psicólogos han escudriñado ingeniosamente y aconsejando á las almas como agudos moralistas.

Edmond Schérer (1815-1889) trajo de Inglaterra y de Alemania los principios de su moral protestante y de su crítica experta. Sus estudios sobre Diderot y Grimm y sobre la literatura contemporánea tienen un encanto austero y mucha agudeza.

Legouvé fué un moralista amable. La lista de sus obras es larga, desde el poema *el Descubrimiento de la imprenta*, coronado por la Academia francesa, desde *les Morts bizarres*, *Max*, *Edith de Falsen*, desde el éxito teatral de *Luisa de Lignerolles*, *Adriana Lecouvreur*, *los Cuentos de la reina de Navarra*, *Batalla de damas*, *Medea que Rachel sintió haber cedido á la Ristori*, *los Dedos de hada* y *Miss Susana*, hasta esos encantadores y deliciosos libritos de forma tan pura y tan seductora, *la Mujer en Francia en el siglo diez y nueve*, *el Arte de la lectura*, *un Alumno de diez y seis años*, *Nuestros hijos y nuestras hijas*, *Fruta de otoño*, *Flores de invierno* y tantas lindas conferencias pronunciadas por el mejor disertante de Francia. Lo que establece la unidad en la diversidad aparente de su obra, es el sentimiento profundo de la familia; y por todas partes se echa de ver el cuidado que le inspira la condición de la mujer y de los hijos; desde 1847 fué Legouvé el que, en la *Historia moral de las mujeres*, colección de conferencias dadas

en el Colegio de Francia, planteó todos los problemas del feminismo en lo que éste tiene de más prudente y más lógico; y cuando apareció la última edición, señalaba en el índice, con legítimo orgullo, los puntos en que ha triunfado su opinión desde la educación de las jóvenes, la libre disposición, por parte de la mujer, del salario de su trabajo, ó el divorcio, cuya defensa había dramatizado, en 1877, en *Una Separación*. Porque así es como escribió para el teatro, á fin de poner en acción sus ideas acerca de la familia y de la mujer. La escena le sirvió de tribuna. También fué su tribuna la cátedra, cuando se trató de crear la organización de los liceos de señoritas, cuya necesidad había proclamado y predicado. Legouvé fué también designado por el Sr. Zevort como director de la Escuela normal superior de Sèvres para señoritas y de esta suerte, entró á figurar como profesor de Facultad sin diplomas universitarios. En este cargo se condujo con todo el tacto y toda la delicadeza de su naturaleza superior, y sus conferencias á las jóvenes son dignas de leerse. Fué bueno, afable, cuidadoso de la felicidad de los otros y fiel á la amistad. Los que le conocieron recuerdan sus ojos vivos y chispeantes bajo la negra toca, su figura afeitada, su nariz arqueada, su sonrisa llena de ingenio y su silueta esbelta. Dió el ejemplo de una vejez llena de brío. Las siguientes líneas suyas podrían llamarse *lla Marsellesa de los Viejos*:

La hora del despertar es una hora triunfal para el joven. Vuelve á la vida como un soberano joven á su capital, en medio del ruido de todas las músicas que hacen resonar en sus oídos cantos de esperanza y de salud. El despertar es menos alegre para el anciano. Levántase con frecuencia fatigado. El sueño no le ha procurado reposo, le ha dejado como embotado: sus órganos vuelven á funcionar en parte como resortes que rechinan y con frecuencia se sienten tentaciones de decir: « ¡ Á fe mía! Estoy por no trabajar hoy. » ¡ Guardaos muy bien de ello! ¡ Á trabajar! ¡ El esfuerzo sostiene! Á nuestra edad hay que acostumbrarse á caminar en la vida con zapatos que hagan daño.

Tenía la sordera alegre, como Lesage en Boulogne, y se complacía en recordar la frase de Augier á Sandeau que le decía: « ¡ Amigo mío, me parece que me quedo sordo! — ¿ Sordo? ¡ Ése es mi sueño! » En *Fruta de invierno* ha escrito páginas tan deliciosas acerca de los sordos, que casi nos dan ganas de perder el oído. No lo fué siempre, porque fué un melómano apasionado, amigo de Berlioz, Liszt y de Chopin (léanse sus *Recuerdos*). Había empezado un trabajito que no terminó, acerca de la música. Tengo á la vista las primeras líneas inéditas aún:

La música es una de mis mejores armas contra los años, y hasta podría decir contra todos los años. Abraza mi vida entera. Tenía yo quince años

cuando se manifestó mi afición musical. Hoy tengo noventa y seis. La sigo adorando y creo que me ama todavía un poco. Ha tenido parte en todas mis alegrías. Ha presidido á mis mayores felicidades y me ha valido algunas de mis más gratas amistades.

Era de humor alegre y malicioso, y de trato encantador; tenía frases vivas y rasgos agudos. Sabida es la regularidad con que practicaba la esgrima, á la cual debió la salud; le ha mostrado su agradecimiento en algunos capítulos exquisitos de sus *Recuerdos*; no se puede dar nada más animado y fresco que su canto sobre « el amor y la espada ». Su conversación recordaba esos cuentos de derviches y de sabios de Oriente que han acumulado el jugo y la esencia de la sabiduría de las naciones. Abundaba en pensamientos ingeniosos, delicados y consoladores por su amable confianza: « Cuando se sabe muy bien algo, eso sirve para todo. — Nos os esforcéis por hacer desaparecer vuestros defectos, sino por aumentar vuestras cualidades: ellas acabarán por absorberlos. » Era en la vida el agudo moralista que se manifiesta en sus obras. ¡ Qué profundidad en ésta página inédita que escribía un día de noviembre en Seine-Port, sobre « el pesar que dura ». Es Sully-Prudhomme en bella prosa:

De todos los sentimientos humanos, el más raro y conmovedor es, según yo creo, el pesar que dura. Amar no es nada, todo el mundo ama, pero sentir pesar, echar de menos, es decir amar lo que ya no existe, y amarlo más que lo que existe, amarlo durante largos años es casi antinatural. Hay un duelo incesante en nosotros entre el presente y el pasado. Todo combate y pone sitio al pasado. Nuestras necesidades son las que le hacen olvidar: nuestras pasiones le destruyen y los años lo borran. ¿ Qué os diré yo? Un pesar que dura me hace pensar en esas rocas graníticas plantadas en medio del mar y que resisten al choque de las olas furiosas y de los vientos desencadenados. No podéis negar que un sentimiento humano de granito es muy hermoso y muy raro. (Seine-Port, 9 de noviembre.)

Su padre había escrito *el Mérito de las mujeres*, poema que tuvo en su época una boga que hoy no podemos sospechar. Por la primera vez renunciaba el poeta á la vieja costumbre de prodigar al bello sexo epigramas ó madrigales. Consideraba á la mujer en sus papeles de esposa, de hermana y de madre; abandonaba los procedimientos del siglo xviii; la mujer dejaba de ser un objeto de lujo, de frivolidad y de adorno, á propósito para la vida y los triunfos de los salones; se la tomaba en serio; tenía su misión en la vida y en la sociedad; fué le gran novedad y la causa del éxito del *Mérito de las mujeres*. Ya nadie recuerda más que el título y dos versos que hacen reír:

Et si la voix du sang n'est pas une chimère,
Tombe aux pieds de ce sexe à qui tu dois ta mère!

1.

Si la voz de la sangre no es sólo una quimera,
Cae á los pies del sexo al que debes tu madre.

ii.

El hijo continuó esta tarea de rehabilitación y la hizo triunfar. Uno de sus orgullos más legítimos consistía en haber continuado el movimiento empezado por el *Mérito de las mujeres*, trabajando por su dignificación en sus cursos, en sus conferencias y sobre todo en su *Historia moral de las mujeres*.

El *Mérito de las mujeres* era á la vez obra de moralista y de poeta. Nuestro Legouvé imita pues á su padre en ambas cosas. La poesía le encantaba. Leía aprendía, recitaba y hacía versos con igual predilección. Gustábale versificar, inventar cuartetos y resumir alguna verdad bajo la forma concisa de un Pibrac.

Si debió algo á su sangre y á su raza, sólo á sí mismo debió su tenacidad en el trabajo su firmeza y su voluntad. Su obra se recomienda por la sinceridad del sentimiento y la sincera precisión de la forma. Se complacía en investigar y en determinar la unidad de su vida y de sus trabajos, y la encontraba en el constante cuidado de servir la causa de la felicidad familiar en el libro y en el teatro que no separaba; se lisonjeaba de haber mejorado, con sus comedias, lo mismo que con sus libros de moralista, la situación de las mujeres y, al mismo tiempo, de haber aplicado á sus trabajos las cualidades de un hombre de teatro; el movimiento, la progresión de los argumentos, la acción, la disposición de las ideas, de suerte que convergiesen todas hacia un fin determinado. Vivía una parte del año en Seine-Port, sitio encantador y discreto, al pie de la colina que baña el río. Dicha aldea no tiene carretera y rara vez llegaban á ella las noticias. Legouvé conoció allí á viejos aldeanos que habían ignorado la Revolución francesa mientras ésta trastornaba á París. Allí pasaba sus veranos, cuidando y cultivando sus árboles y sus flores como un anciano de Tarento. Paseábase, con aire juvenil, á través de sus alamedas y al volver escribía en su cartera estas lindas reflexiones que revelan toda su naturaleza, sana, honrada y recta:

Miraba á mi jardinero que estaba plantando un peral. «¿Por qué, le pregunté, no pone Ud. estiércol en las raíces?—¡Oh! ¡Jamás, señor! Eso las pudre y el árbol muere.» Es digno de recordarse. Plantemos siempre nuestro talento, nuestra reputación, nuestra fortuna y nuestro porvenir en buena tierra franca. No haya nada podrido en la raíz. Envenenar el manantial es lo mismo que envenenar el río.

Todas las mañanas una mano querida ponía en su mesita de trabajo un ramillete en un jarrón; y un día me decía:

Ese ramillete de todas las mañanas, le contemplo, le admiro; la naturaleza se muestra en él hermosa, amable, buena consejera; hay tanta armonía y discreción en la disposición y contraste de los tintes, que estudio sus efectos, sus relaciones y sus matices; aprendo mesura, discreción y gusto; mi ramillete me da una lección de estilo.

En París, habitaba en el tercer piso del famoso hotel de la calle Saint-Marc y estaba siempre en su habitación, junto á la sala del billar, rodeado de los retratos de sus amigos que cubrían la pared y á quienes saludaba con frecuencia con su mirada sonriente y cariñosa. Había conocido y recibido á todas las celebridades de su siglo. Había tenido un hijo que murió joven. Pensando en él, escribía esta conmovedora confidencia que ha quedado inédita, y es como la confesión de un educador, como el himno de un padre agradecido á un hijo llorado:

Hay tres paternidades: se es padre, abuelo y bisabuelo; yo he sido todo eso, y he conocido y practicado los deberes y los derechos anejos á esas tres funciones; pues bien no hay una sola á la que no deba algo que sólo he debido á ella. Soy yo quien ha educado á mi hijo, pero entiéndase bien, no he sido yo solo. Un padre no tiene casi nunca, tiempo y cualidades necesarias para ser el único maestro de su hijo. No he sido más que el auxiliar de sus maestros. Ellos se encargaban de la instrucción, y yo de la educación moral. Este papel de educador, no ha durado, por desgracia, más que tres años. Años fecundos en que se han formulado en mí los principios fundamentales de la familia moderna.

Los padres de hoy día no son ya reyes absolutos, sino reyes constitucionales. Sus derechos no son deberes, su autoridad no se justifica sino por sus beneficios. La educación de los hijos por el padre, es la educación del padre por el hijo. La Providencia ha puesto violentamente fin á este precepto bendito. Me ha impuesto un dolor incurable, porque es más que una herida, es una amputación. Arrojado nuevamente á la vida con mi amargo pesar, no hallé algún consuelo y confortación sino procurando hacer revivir aquellos tres años; púseme á escribir lo que había hecho; lo que más endulzó mi pena fué recordar todo lo que había ganado en ser su alumno, en rehacer mi educación al hacer la suya. Los buenos ejemplos que me había esforzado en darle y que nos habían aprovechado igualmente á ambos, los sacrificios que por él me había impuesto, y que él me agradecía tanto, se iban despertando bajo mi pluma, con tanta viveza y tan llenos de vida, que poco á poco, todos esos recuerdos formaron una obra, *los Padres y los Hijos*, en el siglo diez y nueve, que es mi título al papel de educador. ¿Á quien lo debo? Á mi hijo.

Lo que ha dicho de la espera de la muerte llega á la noble elevación de la filosofía antigua por su sabiduría, su resignación y su previsión consciente:

Á mi edad, se siente uno en la vida como en una casa donde todavía vive uno, pero donde ya no tiene contrato de arrendamiento; ó bien se hace uno el efecto de una persona que espera una visita y que á cada campanillazo se dice: «¡Ahí está!» Pues bien, á cada indisposición algo sería, se dice uno: «¡Tal vez es *Ella!*» Ya adivináis de quien hablo. Esta idea no es tan desagradable como pudiera creerse; á veces produce singular calma. Todo lo que la vida tiene de mezquino, de facticio y de miserable, desaparece ante esa ruda perspectiva. Sólo quedan en nuestra presencia las cosas grandes y duraderas. Es bueno tener cerca ciertos peligros.